

A UN MUNDANO

Gladiador, gladiador, no alces la frente,
 Ni la arena recorras altanero;
 Ni tanto fíes de tu invicto acero,
 Que te ha sido propicio hasta el presente.

¡ Ah! ¡ Te sonríes desdeñosamente
 De mis palabras? No eres el primero,
 Que viene al circo con semblante fiero,
 Y muerde el polvo, mísero valiente.

Mira esa cueva: el garfio sanguinario
 Arrastra á los vencidos y los guarda
 En el, que ves, envilecido osario.

Tu paso altivo, gladiador, retarda
 Y escucha: negro y solo el *espoliario*
 De la pobreza y la vejez te aguarda.

A UN AMANTE NOVEL.

La pantera falaz su cuerpo extiende,
 Luego ablanda sus ojos amarillos,
 Barre el polvo su cauda con anillos,
 Guarda las uñas y las manos tiende.
 Y no es que halague, que el ataque emprende
 Así tu Elvira con amantes brillos (de.
 Seduce á los espíritus sencillos,
 Y así en las redes de su amor los prende.

¿ No ves que agita su aromosa falda
 Con seducción, inclina su cabeza
 Y enternece sus ojos de esmeralda?

¿ No ves que se mantiene su belleza
 De corazones? Vuélvele la espalda
 Y evitas el rigor de su fiereza.

DESPERTA R.

[En el cementerio.]

Despierta el sol; y de rubí se alhajan
 El gallo y las veletas de la torre.
 Los cipreses al céfiro, que corre,
 Le dan suspiros y la frente bajan.

Las flores que las tumbas amortajan
 El aura, despertándolas, recorre;
 La cortina de nieblas se descorre,
 Y de granitos de ópalo se cuajan.

Saltan las aves á la voz del día
 Y encadenan sus plácidos conciertos
 De rama á rama en cándida porfía.

Los insectos del polvo están despiertos;
 Sólo en sus lechos, en la tierra fría
 No despiertan, inmóviles, mis muertos.

¡ A DIOS!

[HABLA UN AMANTE Á SU AMADA.]

Mañana del Atlántico las olas
 Ya, soportando indóciles tu quilla,
 La llevarán á la remota orilla,
 Do las enfrenan costas Españolas.

Y otro mar, que en tus sueños tornasolas,
 El mundo del placer, que en lujo brilla,
 Ha de llevar á tu ánima sencilla
 Hasta las playas del hastío solas.

Y, cual se tira el ramillete ajado,
 Que adorno fuera de tu pecho altivo,
 Después que al baile sucedió la calma:

El recuerdo, que hoy llamas adorado,
 De mi cariño generoso y vivo
 Allá muy pronto arrojarás de tu alma.

UN SECRETO.

(HABLA UN AMIGO A OTRO.)

Al sorprender el indiscreto lloro
 En mis pupilas, hasme preguntado
 Con sonreír de amante consumado
 Quién es la prenda, que en el alma adoro.
 Si en los mares de amor tu barca de oro
 Una vez y otra vez ha naufragado,
 Y las huellas conserva en su costado
 De aguda sirte y vendaval sonoro;
 Si tantas veces, débil en extremo,
 Te ha herido de muerte la ternura;
 No inquietas de la llama, en que me quemo.
 De mi tierna amistad por la fé pura
 Que nunca la conozcas, porque temo
 Te robe el corazón, tanta hermosura.

OTOÑAL.

(HABLA UN CAMPESINO, QUE VUELVE DE LA GUERRA)

Es tarde; y en sus lánguidos rumores
 Las hojas, que los árboles soltaron,
 Parecen lamentar los que pasaron
 Rico verdor y céfiros y flores.
 Su cabaña no humea, mis amores,
 Ya su hogar se apagó, se marchitaron
 Las hiedras, que su alero entrelazaron,
 Y se huyeron sus mirlos trinadores.
 Ni de su rueca escúchase el ruido,
 Cuando sus perros mi llegada indican,
 Entre dulce sonrisa interrumpido.
 Recuerdos, que mi pecho mortifican,
 Del árbol de mis dichas se han caído
 Y el invierno del alma pronostican.

PASTORIL.

¡Ay! dulce y delicada Galatea,
 De Títiro el cabrero enamorada,
 Fué por él una tarde desdeñada
 Bajo aquel sauce, que florido ondea.
 Llevando flores de purpúrea altea
 En las orejas, con la sien orlada
 De flor de maravilla matizada,
 Llegó en silencio hasta el redil, que humea.
 Mas al mirar á su gentil cabrita,
 De la majada prodigioso encanto,
 Que en la olorosa puerta atiende y grita;
 Suelta las hojas de rugoso acanto,
 Que con sus dedos gráciles marchita,
 La abraza cariñosa y suelta el llanto.

AMENAZA DE BARBA-AZUL.

Puntos de oro la oscura venturina
 Tiene, oro que no sirve, ni se alcanza:
 Y han tus ojos destellos de esperanza,
 Que nunca se realiza, Carolina.
 Tiene, si el sol de lleno la ilumina,
 Una estrella la punta de mi lanza:
 Juramentos de amor y bienandanza
 Tiene también tu lengua, que fascina.
 Y tiene tu desdén flechas, que parten
 Los corazones á tu yugo fieles,
 Y es el pan que les das porque se harten:
 Y mi puñal bruñido á dos cinceles,
 Cuyos hechos el pánizo reparten,
 Tiene punta, que mata á las infieles.

DE PERLAS.

De sonrisas cubrió con atavío
Su labio carmesí la nueva esposa;
Sembró de perlas su garganta airosa,
Su nivea falda y su cabello umbrío.

Robó para ella al piélagó bravío
Su adorador con mano generosa
Un mar de perlas. Es como una rosa
Que al alba llena trémulo rocío.

Y pasa un año, y en sus labios rojos
Los ayes y suspiros anidaron,
Y perlas tiene, que la dan enojos.

Falda, garganta y bucles le adornaron
Hilos de llanto, perlas de sus ojos,
Que al corazón un mundo le costaron.

A MI LIBRO. (1)

Navecilla gentil de mis cuidados,
¿Qué te lleva á alta mar? Mejor te fuera
En torno de la plácida ribera
Bogar hendiendo golfos azulados.

Sin saber de la onda los pecados
¡Necia de tí! que crees lisonjera
Que tu pecho de cisne donde quiera
Ha de arrollar cristales enojados.

Eso que ves de la ola á los traveses
De otras barcas quedó del cataclismo
Adornadas de triunfos y paveses.

Pues ¿qué te atrae el hambre del abismo?
Pero haces bien, quien huye los reveses
No es dueño poderoso de sí mismo.

(1) Los sonetos comprendidos desde éste hasta el titulado "Mi Última Resolución" inclusive formaron parte del libro titulado "Preludios." Algunos de ellos se habían publicado en "La Voz" de México.

LA MUERTE DE VOLTAIRE.

Agoniza Voltaire entre pavora
Sobre ajado cojín con ansia enhiesto,
De horrible convulsión bañado el gesto
Y el labio burlador de sangre impura.

Tras largo batallar con la amargura
Se arranca el alma en hálito funesto;
Y en el aire fatal ya rueda presto
De inmensa eternidad lóbrega, oscura.

Apoyo busca, y por doquier que vaga
Ve á la JUSTICIA colosal, precisa,
Llenando la negrura en que naufraga.

Suplica, gime, tuécese indecisa,
Y ella la mira desdeñosa, y paga
Su impío sarcasmo con eterna risa.

LA NOCHE.

Coro de los planetas intranquilo,
Estrellas, que radiáis en el altura,
De etéreas gasas lontananza oscura,
De paz é inmensidad eterno asilo;

Polvo de luces, que levanta en vilo
Con forma de camino, que fulgara,
En el vuelo de Dios, que eterno dura,
El carro de su espíritu tranquilo;

¿Por qué mi corazón hoy al miraros
Del suelo se desprende, y pobre ansía
Alas para volar hasta tocaros?

¿Qué inán tenéis, qué fuerza que me guía?
Es que lee en vosotros, soles claros,
Y busca al infinito el alma mía.

A LA VIRTUD.

Virtud, hija del cielo inestimable,
 Hoy que me ciñe tentación artera,
 No me mires así con faz severa,
 De Dios airado imagen formidable.

Castiga al impio, muéstratele amable,
 Cuando de culpas la corriente fiera
 Le ha alejado de tí, cual no quisiera,
 De insomnio y tedio en noche interminable;

Cerca perciba el hábito que adora,
 De la hija, que un crimen le ha costado,
 Y en blando sueño la su angustia ignora;

Entre huirte ó seguirte desolado
 Con ansia inútil. huye voladora
 Y ven al corazón que te ha buscado.

AL DOLOR.

Negra deidad, que todo lo dominas,
 Que naces con nosotros adunada,
 Y reinas sobre el hombre, coronada
 Con diadema de roscas serpentinas,
 Para las obras emular divinas
 Te hizo la mano del infierno airada,
 La existencia amasando con la nada;
 Y fué tu sér de luto y de ruínas,
 Y el Abismo gritó: *Oriador he sido;*
Algo hay que no es de Dios, negra amargura.
 Y Jehováh vencedor, nunca vencido.

Arrebatóle su fatal criatura,
 Y en varón de dolores convertido
 Te dió su propio sér y su hermosura.

A AGLAYA.

¿Qué fué de tu donaire y gentileza;
 Por qué en tus labios el clavel fallece,
 De tus dientes el nácar se ennegrece
 Y el oro se argentó de tu cabeza?

¿Resbaladizo dón, que da Belleza,
 Porque lo hermoso terrenal fenece,
 Y el oro y rosieler se desvanece;
 Por qué muere sin fin naturaleza?

Porque, si esa beldad no se acabara
 —El genio respondió del arpa mía—
 Nos cegaríamos á su lumbre clara,
 Y sin treguas el alma la amaría;
 Y si eterno el espíritu la amara,
 Espíritu sin Dios se moriría.

A UN CISNE.

Cisne gallardo de argentada pluma,
 De ojos de fuego y pico de corales,
 Que arrollas de este lago los cristales
 En la ola comba de rizada espuma,

Ora tranquilo y con soberbia suma
 Sobre la onda diáfana resbales,
 O zbullendo turbes, desiguales
 Tu imagen que en el agua se desfuma;

Dicen que ave feliz enmudecida
 Vives y plañes con divino encanto
 A la hora de la muerte dolorida;

Pues gúardate el placer, y, aunque el que-
 De esa muerte me des toda mi vida, (branto
 Dame, cisne gentil, dame tu canto.

EL CASTIGO DE LA ESQUIVEZ.

Que de tu corazón no das impía,
Iris, altiva como bella, es fama,
Ni á los que tu adustez ha hecho llama,
Ni á Dios, que tus amores merecía.

Si revender amor es felonía,
Que á ángeles como tú sobrado infama,
En que apetece amar la que no ama
Y pena en no lograrlo llega el día,

Mira al rebelde Querubín, preciso
Espejo tuyo, en el palacio eterno
Se amó sin fin, angélico Narciso.

Endureció su amor el pecho tierno,
Y á nadie pudo amar cuando lo quiso;
Y no poder amar es el infierno.

AL ATARDECER.

El sol ha tramontado, en peña obscura
Mi rostro el aura de la tarde halaga,
Y triscadora entre las hojas vaga
Por los riscos calzados de verdura.

Cesa el bullicio abajo en la llanura,
Crece la sombra, que domina aciaga,
El rumor de los árboles se apaga,
Cubiertó el río de vapor murmura.

Al escueto redil la grey tranquila
Vuelve, acaba la noche la discordia,
De las mil aves, que el ramaje asila.

Y en el vallé, do reina la concordia,
De trunca torre la vetusta esquila
—¡Ay —parece clamar— *Misericordia!*

MI ORACION.

Al pie de un Crucifijo tiernamente
Arrodilléme y con instante ruego
Lira Horaciana y caramillo Griego
Iba á pedir y lauro refulgente.

Pero contemplo, al levantar la frente,
El pecho destrozado, el rostro luego
Pálido y mustio y á las sienes llevo,
Que verde espino le ciñó crugiente;

Que dos escarpías á la cruz sus manos
Adhieren miro, y en su faz sangrienta
La expresión de dolores sobrehumanos;

Que el amor al patíbulo le alienta,
Y yo persigo los honores vanos;
Y.... pido al cabo sin sabor y afrenta.

EN EL CAMPO.

Grata me es sin pájaros ni trinos
De ese collado la aromosa falda
Frajada de abras, que de verde y gualda
Pintan el musgo y la hojarasea finos.

Más me deleita en ímpetus divinos
El viento caprichoso, que á mi espalda
Susurra en los penachos de esmeralda
De los nudosos seculares pinos.

Pero me arroban las cardadas nubes,
Que dora el sol poniente y me parecen
Madeja de la sien de los querubines:

Como yo van errantes al anhelo
Del aire irresistible y desaparecen,
Como yo un día, en el azul del cielo.

A LICORIS

Si red de corazones tus cabellos
Tejes en nudo, ó con esencia vana
Los unges ante luna Veneciana,
Donde rielas la luz menos que en ellos;
Cuando el pecho desnuda, los destellos
De tus ojos estudias ¡ves cercana
De un hombre ensangrentado sombra ufana
Con ojos doloridos aunque bellos?
Cuando danzas, cual hiedra ligadora
Asida á tu galán ¡no ves herido
En el dintel á ese hombre que te llora?
Vayas doquier, te sigue no sentido.
¿No recuerdas quien es? Tiembla, traidora,
Que es Jesús por tu mano escarnecido.

LAMENTOS DE UN JOVEN ISRAELITA.

Sopló la Muerte irresistible; aquella,
Mi ángel de humo de color de rosa
Se disipó; la escena religiosa
De nuestra unión mi pensamiento sella.
Cabe la encina fué sagrada y bella
Que susurraba al aura misteriosa
Cual si parvada de ángeles ruidosa
Aletease entre las hojas de ella.
De blanca barba el sacerdote esplende;
Del ara encima rueda con tardanza
El humo del incienso, ¡ay Dios! no asciende
Y hoy, cual girón de cielo en lontananza
Cuando la tempestad sus nubes tiende,
Me quedan su recuerdo y su esperanza.

LA PALOMA MENSAJERA.

Paloma, ¿á dónde vas y quién te envía
Que hienes tan aprisa el claro cielo?
Así vivas feliz, para tu vuelo.
¡Ay! si tú fueras la paloma mía.
— Linda princesa como el claro día,
Que en segura prisión de sombra y hielo
De su padre guardara amargo celo,
Fué mi dueño, señor, y mi alegría.
Al soltarme su mano cariñosa
Me mandó á su doncel enamorado,
Y sus ojos cerró muerte amorosa.
— No digas más al corazón helado,
Paloma tan cruel ¡ay! como hermosa,
Tu mensaje fatal me ha matado.

LA QUERRELLA DE LEOLINO. (1)

Dicen que hay de la mar en lo más hondo
Conchas de nácar, que se cuaja en perlas,
Y los buzos descenden por cogerlas
De los mares amargos hasta el fondo.
Así yo, al fuego, que en mi pecho escondo
Prendido por tus gracias desde verlas,
Me lancé á las borrascas sin temerlas;
Y ya de mi desgracia no respondo.
Lazos de sangre, empeños maternales,
El limpio honor y lo que más valía,
Todo rasgué de amor en los raudales;
Todo para ganarte, concha mía,
Hasta de Dios las leyes eternas,
Y . . . de perlas de amor te hallé vacía.

[1] Fragmento del acto III de la tragedia "El último Bretón."

MI ULTIMA RESOLUCION.

Soñando con el lampo de victoria
 Entré muy niño á literarias lides
 Sin probar de mi ingenio los ardides,
 Regalo de las Hijas de Memoria.
 El ramo de poeta, la alma gloria
 En balde, mi alma, á mi laúd le pides,
 No para tí ni el álamo de Alcides,
 Ni el mirto Ciprio ó piedras de la Historia.
 Es mi arpa mi broquel, á los tempranos
 Golpes, que ha recibido, muy bien pudo
 Quedar deshecha en mis heridas manos;
 Mas no he volver del combatir sañudo
 Sino, cual los guerreros Espartanos,
 O muerto ó vencedor sobre mi escudo.

FESCENINA.

Ríos de luz, que vierten las ventanas,
 Impalpable volar de cien olores,
 Músicas, que á pichones gemidores
 Y gritos de oso remedáis livianas,
 ¿De qué reís?—Las jóvenes cristianas
 Danzan con los impíos y traidores,
 Y abrazan á los sucios burladores
 De la Iglesia. ¡Muy bien por esas vanas!
 Déjalas, castidañ, blanca azucena
 Que medras sólo en brazos del espino.
 Mañana iráu al templo, que se llena,
 Golpeando el pecho en su fervor mezuquino,
 Con la mano de nácar: en su pena
 No las oigas, que sigan su camino.

LA FRANCMASONERIA.

¡La Meretriz! Al són de su salterio (1)
 En Patmos Juan la mira y la retrata:
 De las siete colinas se dilata
 Donde ha fijado el trono de su imperio.
 En vaso de oro brinda el adulterio;
 Le dan los reyes manto de escarlata;
 Roba en silencio y en silencio mata,
 La que en su frente se escribió: MISTERIO.
 De sus esclavos la marcada broza
 Es la que sube y en el mundo impera,
 Y la Iglesia, su víctima, solloza.
 ¡Oye, Jesús! Tus juicios acelera,
 Tú, que eres el honor ven y destroza
 A la que triunfa bárbara ramera.

CORONA DE ESPINAS.

Cuando piensas á solas, hijo mío,
 Con deleite visiones de impureza,
 Yo contemplo de Cristo la cabeza,
 Que vas de abrojos á ceñir impío.
 Oigo crujir de un modo que da frío
 Las puntas que rechinan con fiereza
 Resbalando en el cráneo, que empieza
 De carmín á brotar tibio rocío.
 Ya te miran de lágrimas bañados
 Los ojos del Señor, tan dulcemente
 Que ablandaran á tigres no domados.
 Y ¡tú sientes placer, y tu alma siente
 Que está bien, repitiendo los pecados,
 De tales rosas coronar su frente?

(1) Apocalipsis, cap. XVII, vers. 3 y siguientes.

TO BE OR NOT TO BE.

Cuando tiembla tu pálida conciencia
De espectros asediada, por librarte
Ambicionas con furia aniquilarte,
Hombre, vida mortal, inteligencia.

Cuando tienes la nada en tu presencia
Que el frío seno ensancha para darte
Albergue, tienes miedo, y por salvarte
Te aferras á un harapo de existencia;

Quisieras el no sér, y es imposible
Que lo ames, es un sueño de precito,
Un delirio de infierno, inasequible.

Y odias el sér, cual mole de granito
Se afirma sobre tí, que es invencible
Como Dios, su poder es infinito.

INTER SPINAS...

Eres un lirio, á orillas del torrente
Se unieron á una zarza tus raíces,
Y brotaron de espinas infelices
Tu verde tallo y tu nevada frente.

Subieron hasta el páramo eminente
Sólo por tí los céfiros, felices
Con escuchar las fra-es que les dices
Al columpiar tu cáliz transparente.

¡Por qué á la zarza y al abisno inclinas
Tu cuello constelado de zafiros?

¡Qué quieres? ¡Ay! te rasgan la espinas.
Aun le quedan al aura unos suspiros,
Aliéntate, no caigas... Ya caminas
Del agua densa en los profundos giros.

A UNA ADELFA.

Hace un año, laurel, por vez primera
Te ví que alzabas tus floridos ramos,
Versos por flores, mi laurel, cambiamos,
Testigo tu vecina la palmera.

¡Cuán otro estás la nueva Primavera!
El barniz de tus hojas no miramos,
Ni á tus erguidos tallos codiciamos
Tersos copos de púrpura altanera.

¡Qué fué de tu verdor y pompa rara!
Vives para llorar tu lozanía,
Que te robó naturaleza avara.

¡Tus flores volverán? Y... ¡mi alegría,
Que la soberbia de otros me robara,
Volverá á florecer en algún día!

